



GARCÍA-ORELLÁN, Rosa
El capitán de pesca y el bacalao.
Lázaro Larzábal desde la época
dorada a la pesca simbólica

León: Everest, 2011
 200 p. ; 15 cm.
 ISBN: 978-84-441-0304-4

Las referencias bibliográficas sobre la historia pesquera española son muy escasas, más aún las que hacen alusión a su “época dorada”; es decir, al periodo que comprende las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX. Una etapa en la que España se situó por flota y por descargas a la cabeza de la pesca internacional y se convirtió en un mercado de importancia mundial, con un elevado consumo “per capita” de pescado.

Uno de los pilares sobre los que se asentó este desarrollo fue la pesca de gran altura, más concretamente, la pesca de bacalao. Los fondos de Terranova, origen durante siglos del bacalao consumido en España y referencia mítica de la pesca española, se situaron desde los años cincuenta al alcance de la flota, gracias al fuerte apoyo del estado. La denominada “nacionalización de la pesca del bacalao” consiguió su éxito más notable en el aumento de la producción, permitiendo que España se convirtiera en una exportadora neta de bacalao. De esta forma, se producía el eclipse en la importación de un producto que secularmente había gravitado como una losa sobre la balanza de pagos española.

Sin embargo, este proceso asentado en la existencia del mar libre quebró en la década de los setenta cuando la implantación de las doscientas millas expulsó a los bacaladeros españoles de aguas de Terranova y Noruega. Desde entonces se inició una lenta reorientación del sector hacia nuevos caladeros y nuevas especies, acompañada de un acusado declive de la flota que acabó llevando a la práctica desaparición de esta rama. Se abría una etapa que la autora define acertadamente como de “pesca simbólica”.

En su libro Rosa García-Orellán nos invita a repensar este proceso; pensarlo de nuevo, pues ya en varias obras anteriores ha tratado el tema desde distintas perspectivas. Ahora lo hace a través de una de las figuras más carismáticas de la actividad: el capitán de pesca de gran altura. Una reflexión que efectúa no de forma abstracta sino a través de la apasionante biografía de un integrante de la última generación de capitanes de bacaladeros: Lázaro Larzábal.

El libro se estructura en cuatro grandes capítulos. En el primero, se ocupa del ambiente en que se ha formado el protagonista y sus primeros pasos, marco familiar y social, estudios, comienzos en la pesca del bonito, etc., finalizando con su incorporación a la actividad de gran altura y cuando decide hacerse cargo de un barco bacaladero. El segundo, el más extenso, que compone la parte central del libro comprende toda su experiencia profesional en Terranova, desde sus primeras campañas en la flota de PEBSA hasta el abandono definitivo del caladero y su orientación hacia la pesquería de Noruega. El tercero, abarca los inicios de la pesca de fletán, los problemas en aguas internacionales y el refugio en aguas de Noruega, un nuevo escenario de actuación con todas las limitaciones que conlleva, hasta la retirada de Lázaro en 2008. En el cuarto, a modo de epílogo, aunque se incluye uno propiamente, se recogen los cambios producidos en las habilidades de los capitanes a lo largo del periodo confrontándolas con las innovaciones técnicas; finalmente, contrasta opiniones de capitanes y biólogos sobre la situación de sobrepesca de Terranova.

El hecho de que la obra se organice desde la propia narración, a suerte de memoria comentada, tiene la virtualidad de introducirnos en el ambiente cultural que ha estimulado la decisión del protagonista de embarcarse y la importancia de sus primeros pasos en la pesca de bajura y de altura. Una trayectoria que ha sido clave en su formación, al igual que en la de otros muchos capitanes de gran altura, y que habitualmente se desprecia. Aunque la diferenciación entre pesca de bajura, altura y gran altura se estableció inicialmente con fines legislativos, posteriormente fue asimilada de forma acrítica por las ciencias sociales, que la han tendido a emplear como una taxonomía delimitadora de compartimentos estancos, olvidándose del papel que en la realidad desempeñaron la pesca de bajura y altura como escuelas de formación, ámbitos de adaptación tácita de técnicas, trasvase de conocimientos, creación de cultura relacionada con el mar, etc.; es decir, de toda una serie de elementos claves en la reproducción del sistema pesquero en su conjunto. Por eso es algo más que significativo que Lázaro Larzábal al final del libro nos vuelva a recordar la importancia que en su vida laboral tuvo su experiencia en la pesca de bajura y de altura, pese a que el valor añadido del que siempre hizo gala fue el de una elevada cualificación profesional. De hecho, nuestro protagonista formó parte de las primeras generaciones que adquirieron su formación técnica no en la práctica sino en el ámbito más formal de las Escuelas Medias de Pesca y algo más tarde de las denominadas Nautico-Pesqueras, lo cual nos remite al propio proceso de formación de capital humano que acompañó al desarrollo de la pesca industrial española y al papel decisivo jugado por el estado.

La autora nos adentra en la figura del capitán de pesca, cargo que unifica las competencias del capitán (funciones técnicas de navegación, representante de la autoridad del estado y del armador o naviero) y las del patrón de pesca (dirección de las faenas de pesca). Esta disociación, presente desde el mismo nacimiento de las grandes empresas bacaladeras, dio lugar a frecuentes conflictos que repercutían sobre la actividad pesquera, tal como Lázaro hace constar en más de una ocasión. Precisamente, una de las líneas de fuerza que recorre todo el texto es que el capitán de pesca es el verdadero responsable de la rentabilidad económica de la unidad pesquera bajo su mando, sea un bou o una pareja. Como encargado de su productividad, debe asumir funciones propiamente gerenciales y preocuparse de los diversos asuntos relacionados con la maximización de beneficios; atendiendo no sólo a la cantidad capturada sino también a la calidad de la producción, a su valor de mercado, a la minimización de costes, etc. De hecho, la memoria de Lázaro nos remite continuamente a las decisiones tomadas, ya sean concernientes a la mano de obra, las técnicas de captura, la organización del barco, los lugares de pesca, etc., y a su incidencia en los resultados. Es más, la gran autonomía que manifiesta indica que sus tareas superan a las identificadas tradicionalmente con la actividad gerencial, asimilándose, en cierta medida, a la empresarial. Si una de las funciones que atribuye Schumpeter a su empresario innovador está la de apertura de nuevas fuentes de oferta de materias primas, no podemos más que constatar que ha sido la multitud de enérgicos capitanes y arriesgados patrones de pesca los que han explorado y conquistado los diversos caladeros del planeta y abierto las nuevas fuentes de oferta de pescado. Han sido ellos quienes con su fuerza e intuición han permitido una explotación cada vez más intensiva de los recursos pesqueros mundiales, al convertir no lugares oceánicos en ámbitos de acumulación de capital, desoladas extensiones en espacios donde medra la mercancía. La aproximación que Lázaro realiza de esta tarea de apropiación es trascendental. Para explotar los caladeros precisa un estricto conocimiento del fondo; palpar las superficies, compararlas, trazar sus huellas dactilares y fijar los puntos estratégicos a fin de construir sus cartas de punto mayor. También en sus diarios deja constancia de las claves para regresar tantas veces como sea preciso, pero los verdaderos mapas quedan grabados en su cabeza. El secreto que le garantizará el éxito en las campañas futuras reside en su forma de percibir, en su instinto, en todo aquello que conforma sus cualidades de capitán de pesca. Una compleja cartografía ligada al desarrollo tecnológico, al tránsito de la sondaleza y del escandallo a la lupa, la sonda, al ordenador y a todos los diversos instrumentos electrónicos que desde los años sesenta se han ido poniendo a disposición del sector, pero que no han evitado que en sus límites sigan apareciendo la intuición, la sagacidad, la habilidad como condiciones esenciales para un buen resultado. Se extraña,

con todo, una reflexión en torno al destino de todo ese conocimiento geográfico y cartográfico acumulado a lo largo de cincuenta años de vida profesional; si ha sido transferido o no a las empresas en que ha trabajado y al posible empleo que han hecho de él.

Es un lugar común en economía pesquera indicar que la pesca es una actividad que por sus propias características se realiza en condiciones de producción no planificables, que podrían desincentivar la participación de armadores y marineros si no existieran ciertos mecanismos compensatorios. En este sentido, el capitán de pesca asume otra función tradicionalmente atribuida al empresario: transmitir seguridad a los agentes implicados, aminorando los elevados niveles de incertidumbre y de riesgo que conlleva la actividad. El relato de Lázaro alude reiteradamente a esta cuestión; sus decisiones se encaminan hacia ese fin. En un marco donde prevalece el salario a la parte, de la habilidad del patrón depende no sólo el rendimiento del equipo pesquero y la valorización de la producción, sino además los beneficios de los armadores y los ingresos de la tripulación. En el texto se nos recuerda con frecuencia este hecho, así como que la responsabilidad del éxito de la campaña radica en el capitán. De ahí su gran autonomía con la mano de obra, para contratar o despedir a la tripulación, y, en cierta medida, establecer sus condiciones concretas de trabajo. Las alusiones al nacimiento de una conciencia sindical en la pesca industrial no son intrascendentes; documentan una experiencia particular desde una posición privilegiada. Al fin y al cabo, es en el barco, esa “fábrica que no para nunca”, donde se construyen y manifiestan las propias relaciones de clase. El escenario del conflicto. Sin embargo, las referencias a su relación con el armador son muy parcas y nada indica sobre su recompensa como controlador del equipo y la tripulación. Sus incentivos, su retribución, el destino de la misma quedan en la oscuridad. Acaso sería armador de no haber sido su vida la pesca de gran altura, que exige capitales inalcanzables para un individuo.

Como se nos relata en el libro, la extensión de las doscientas millas no sólo puso de manifiesto de forma inmediata las dificultades para el acceso a los caladeros, sino que a largo plazo acarreó también unas nuevas condiciones de mercado, donde países ribereños como Noruega o Rusia, con mayores cuotas de captura y bajos costes productivos, se convirtieron en exportadores orientados a los mercados de las antiguas potencias pesqueras. En estas condiciones la quiebra del mar libre arrastró consigo al conjunto del sistema que sostenía. La falta de relevo generacional es el síntoma más claro de su descalabro. La actual flota de apenas una decena de unidades, que casi no trabajan el bacalao salado, no es más que un exiguo vestigio del antiguo esplendor de las mareas. Sin embargo, el texto desdibuja aquí la figura central de Lázaro hasta casi desaparecer, un quiebro en el discurso que da paso a una explicación coral para tratar de explicar el colapso del Gran Banco de Terranova. Las aproximaciones son múltiples. Todas insatisfactorias.

Rosa García-Orellan nos ofrece un libro de historia oral. Sin embargo, aunque tiene una inclinación histórica, su interés y su método son evidentemente antropológicos. No trata de integrar su entrevista con otras fuentes de historia más convencionales, para las que se requeriría otra metodología, otro punto de vista, en definitiva, otra investigación distinta. Tampoco contrastarla con estudios de historia económica y social, sobre la actividad y la época, simplemente porque se carece de ellos, ni tampoco invocar la autoridad de una antropología de la pesca industrial, que busca construir. Así que deja hablar a su informante, a su enunciator, acaso selecciona los temas que considera claves, enmarca y organiza su testimonio. El resultado es un texto cuyo valor principal radica en ofrecernos una memoria personal privilegiada para explicar y entender el funcionamiento y los pliegues del sistema pesquero. En un país y en un sector donde falta afición a escribir y los libros de memorias son casi inexistentes, es un pequeño lujo disponer de una rica experiencia de cincuenta años de actividad profesional. Pero, más allá de la abundancia de detalles, que permiten adentrarnos en funciones, decisiones y estrategias, su verdadera importancia radica en que trasciende el ámbito de la vivencia personal para revelársenos con una vigencia general.

Jesús Giráldez Rivero